

Primer acercamiento al mito transculturado de la sirena en la mini- ficción mexicana

Omar David Ávalos Chávez
Universidad de Colima

Recepción: noviembre 14 de 2022
Aceptación: febrero 22 de 2023

Resumen

En este trabajo pretendemos exponer cómo opera el constructo literario y analítico llamado transculturación, donde ocurre el trasvase de componentes culturales que van de la cultura “huésped” a la cultura precedente; con ello, podremos observar la manera en que se conforma un nuevo objeto cultural-literario tomando como ejemplo un modelo mitológico clásico: la sirena. Para ello nos enfocaremos en las formas de “transculturación” de la sirena, figura mitológica que aparece desde la época del descubrimiento de América hasta su desarrollo vertiginoso en la literatura latinoamericana. Todo ello en el espacio que ocupa en la narrativa breve, particularmente la antología *Yo no canto, Ulises, cuento* de Javier Perucho, en la que aparece un conjunto de minificciones donde puede analizarse la forma en que la figura mitológica se transculturaliza estableciendo así un campo de estudio referente a la forma en que ambos términos contribuyen a la “latinoamericanización” y “mexicanización” literaria de las sirenas.

Palabras clave

Transculturación, minificción, literatura, cultura, sirena.





Viajes en pandemia 15 (fragmento) | José Ángel Becerra Sáinz

First Approach to the Transcultural Myth of the Mermaid in Mexican Mini-fiction

Abstract

In this work we expose how the literary and analytical construct called transculturation operates, where the transfer of cultural components that go from the “host” culture to the preceding culture occurs; we will be able to observe how a new cultural-literary object is formed, taking as an example a classic mythological model: the mermaid. We focus on the forms of “transculturation” of the mermaid, a mythological figure that appears with the discovery of America to his development in Latin American literature. All this in the space it occupies in the short narrative, particularly in the anthology *Yo no canto, Ulises, cuento* by Javier Perucho, in which a set of minifictions appears to analyze how the mythological figure is transculturalized, establishing a field of study regarding the way in which both terms contribute to the literary “latin americanization” and “mexicanization” of the sirens.

Keywords

Transculturation, minifiction, literature, culture, mermaid.

Introducción y puerto

Para entender los procesos interdisciplinarios que ocurren ya como un cotidiano en la segunda década del siglo XXI, debemos comprender la forma en que se llevan a cabo los intercambios culturales, interculturales, transdisciplinarios, transculturales, literarios y semióticos puesto que es a través de ellos —y en ellos— como ocurren los avances en la sociedad actual, además de que ello nos ayuda a comprendernos mejor y entender que estas relaciones traen consigo un sentido, un proceso histórico, cultural, económico, religioso, mitológico y social que nos han permitido expandir nuestros conocimientos e incluso leer, comprender e interpretar la realidad que habitamos, cómo lo hacemos y con quiénes logramos esto.

La referencia más cercana está también en la literatura y la encontramos en aquellos personajes que recrearon comportamientos, que fungieron como una crítica a la sociedad en que quienes escribieron las obras donde se les encuentra también tomaron referencias que imitaron en los textos; ello es no solo antecedente de rasgos conductuales o sociales sino que sirven para explicar otros fenómenos incluso pertenecientes a la psicología: el narcisismo, los complejos de Edipo, Electra, Diógenes, así como los síndromes de Peter Pan, la celotipia o de Otelo, por ejemplo.

De ahí que ese breve acercamiento sea necesario y pertinente, pues podremos contemplar la forma en que se manifiestan las distintas operaciones literarias mediante las cuales una cultura llega a hacer propio un mito, como el de la sirena, a través de un fenómeno cuyo término proviene del acercamiento entre civilizaciones, hecho revisado también por la teoría literaria latinoamericana de dónde obtiene su nombre: *transculturación*, evento registrado en la literatura latinoamericana, particularmente en el género llamado minificción, el cual se adjudica figuras literarias canónicas que hace suyas al agregar elementos diferenciadores.

En este trabajo pretendemos exponer cómo opera este constructo literario y analítico en el trasvase de componentes culturales que van de la cultura “huésped” a la cultura precedente; con ello, podremos observar la manera en que se conforma un nuevo objeto cultural-literario tomando como ejemplo un modelo mitológico clásico: la sirena.



Para ello, siguiendo el criterio de Jorge Luis Borges (1994: 23) respecto de la tradición literaria que corresponde a Latinoamérica, nos enfocaremos principalmente en las formas de “transculturación” de la sirena, figura mitológica que aparece desde la época del descubrimiento de América hasta su desarrollo en la literatura latinoamericana y en la narrativa breve. Analizaremos lo anterior en la antología *Yo no canto, Ulises, cuento* (2008) de Javier Perucho, donde puede analizarse la forma en que esta figura se transculturaliza estableciendo así un campo de estudio referente a la forma en que ambos términos contribuyen a la “latinoamericanización” y “mexicanización” literaria de las sirenas. Así demostraremos hasta qué grado la figura mitológica ha sufrido cambios en su viaje desde la antigüedad hasta arribar al género de la minificción, terreno en que germina una nueva especie de sirena que abandona su figura clásica para llegar transformada, junto con Cristóbal Colón y sus navíos, a tierras americanas.

I. Carta de navegación: Latinoamérica

La sirena latinoamericana ha pasado por una serie de cambios que es posible documentar y establecer como una apropiación literaria, ejemplo de transculturación y apropiación cultural que logra la minificción, concepto desarrollado por Ángel Rama (2004: 56) y que se refiere como aquel “proceso de transición de una cultura a otra en que se adquieren componentes ajenos a los propios y la pérdida o desarraigo de una cultura precedente”.

De esta forma, el mito se actualiza y renueva mediante cada nueva versión que aparece o *hipertexto* que se agrega en cada minificción o versión de autores contemporáneos. Cada versión de sirena nutre a aquella que nos han hecho llegar los textos, las tradiciones literarias que lograron formar parte del proceso del intercambio cultural iniciado cientos de años atrás. De acuerdo con Rama (2004: 57) este proceso puede notarse mejor en la literatura, donde se modifican e incorporan géneros, textos, contenidos, estructuras y elementos culturales; estas variaciones se supeditan a la regionalidad y sus distintos contextos, con lo que las versiones de las sirenas también se enriquecen al sumar consideraciones regionales culturales, otorgando al personaje una o varias caracterizaciones

suficientes para desacralizar al mito primigenio y actualizarlos, haciéndolo más asequible al público lector. Corresponde entonces a quienes escriben llevar a cabo el proceso de *selectividad cultural* de los rasgos culturales, sociales, estilísticos, morales, conductuales e idiosincráticos -entre otros- que integrarán la naturaleza de personajes, historias e incluso léxicos, formas de hablar y narrar al interior de los textos.

Esto incide también en la renovación de un género literario puesto que la minificción es un género que utiliza la estructura genérica de otros textos como el silogismo, el cuento breve, el instructivo, entre otros, incluido el bestiario que contempla la figura de la sirena. Además, Ulises/Odisseo, una de las figuras más emblemáticas en la historia de los héroes literarios, se actualiza también y a su vez, como personaje que describe a las sirenas, que habla sobre ellas, que entabla diálogo con ellas, las moderniza, acopla, ironiza y parodia. Al respecto, coincidimos con Paqui Noguerol en el sentido que el autor de minificciones "Recurre a los mitos para evocar, con gran economía verbal, una red de ideas que forman parte del imaginario colectivo universal. Estas formas elípticas, que comunican fundamentalmente a través de la connotación, desacralizan las historias refrendadas por la tradición" (1994: 203).

Nuestros escritores, haciendo uso de la herencia cultural y literaria de Europa, trabajan con las figuras mitológicas, leyendas e historias. El acceso que se tiene a ellas permite esta manipulación textual, literaria, y arroja como resultado la renovación transculturada de mitos, leyendas y personajes que los protagonizan y se relacionan con ellos. Se trata de ofrecer, mediante la imaginación y el juego de la cultura universal, un nuevo punto de vista, una apropiación y categorización cultural del mito, jugar con él, y ofrecer así una nueva explicación sobre su simbolismo, contexto, significado e incluso su propio uso pues

En ocasiones las leyendas se entremezclan y confluyen en un mismo texto. En ocasiones, el núcleo del relato gira en torno a la sorpresa final. La narración se estructura de acuerdo con el desenlace inesperado, de modo que la primera palabra ya preconiza la última" (Noguerol, 1994: 208).



Al ser tratados de manera cotidiana, insertados en ambientes modernos, cotidianos para nosotros, los mitos sufrirían el abordaje del humor. Mediante este recurso, "se le despoja a la historia de solemnidad y contribuye al distanciamiento del lector. A veces se prolonga la leyenda con un elemento nuevo y desconocido" (Noguerol, 1994: 210), aunque a ello se le suman

La convergencia y prolongación de las historias, la sorpresa final, el punto de vista novedoso, el empleo de la paradoja, el humor y las notas líricas definen unos textos de gran originalidad, en los que se denuncia el prosaísmo del mundo contemporáneo frente a la fantasía e imaginación que generaron las ficciones míticas. Los autores de micro-relatos revisan y actualizan las antiguas leyendas, por lo que se erigen con pleno derecho en creadores de "nuevas mitologías" (Noguerol, 1994).

Así lo aclara Elena del Río Parra cuando indica que:

La creencia en la fisonomía o, al menos, su puesta en práctica está muy extendida, especialmente en composiciones que parodian mitos clásicos. Cuando éstos son heroicos y modélicos, están caracterizados como figuras proporcionadas. Si, por el contrario, nos situamos en la corriente de desmitificación (...) el físico se ve implicado en la reelaboración de estas historias clásicas. La puesta en ridículo de personajes mitológicos se lleva a cabo recurriendo a sus actitudes, que son modificadas con respecto a las historias originales; pero también su aspecto es parodiado a modo de caricatura (2003, 197).

Estos cambios, esta transculturalización de un personaje se ve en la sirena, donde pueden observarse a detalle los trabajos y operaciones narrativas que ocurren a la figura mitológica de la sirena.

II. Sirena de colón

Para este primer acercamiento, el texto de Cristóbal Colón es paradigmático e importante debido a que constituye un documento histórico en el que podemos detectar ciertos procesos transculturadores, sobre todo en *Las Cartas de relación* (Arranz, 1985), donde refiere su experiencia y conocimiento en materia de sirenas comparadas por el marino europeo con otras que ha visto antes durante su navegación en busca de Las Indias.

La versión del texto en que Cristóbal Colón da cuenta del avistamiento de estos seres mitológicos en territorio americano fue recogida por Fray Rodrigo de Macuspana, en el texto titulado “La sirena”, en *Bestiario de Indias* (1995: 11-112) editado por la Universidad Autónoma del Estado de México que contempla el diario del primer viaje y que aparece en *Minificción mexicana* (2003), de Lauro Zavala.

La verbalización de Cristóbal Colón y la posterior transcripción del avistamiento es la que da cuenta y que nos importa sobremedida, ya que en este reporte nos encontramos con “la verdad” de Colón. Según Tzvetan Todorov, el navegante genovés se convierte en el elemento transculturalizador, la persona encargada de fusionar ambas culturas: la suya y la que descubre en América. Es testigo de la cultura que le recibe y re-nombra las cosas y las ciudades que le recuerdan a las que ha dejado en Europa, adoptándolas a la nueva circunstancia y realidad en que se encuentra. De este modo,

En Colón coexisten (para nosotros) dos personajes, y en el momento en que ya no está en juego el oficio de navegante, la estrategia finalista se vuelve primordial en su sistema de interpretación: ésta ya no consiste en buscar la verdad, sino en encontrar confirmaciones para una verdad conocida de antemano (1987: 28).

La verdad de Colón, su visión, su experiencia previa, el conocimiento que tiene del mundo —europeo— y las suposiciones que busca concretar en el viaje a través de la “mar Océano” constituyen factores esenciales en la interpretación colombina que menciona Todorov, puesto que América, en sus orígenes, será descrita por el navegante a los reyes de España.

La vía elegida para tal encomienda no es otra más que la letra. Por ello encontramos la visión de las supuestas sirenas en su *Diario de viaje* (1796). Este encuentro sería conocido primero por las referencias que Colón hace de él y, luego, por la *Visión de los vencidos* (2003), pues:

Los datos aportados, con espontaneidad o con doblez, por los “cronistas de Indias”, se recibieron en Europa con el más vivo interés. Pudieron convertirse algunas veces en tema de controversia, pero nunca dejaron de ser objeto de reflexión. No sólo



los conquistadores y los frailes misioneros, sino también los sabios y humanistas europeos, los historiadores reales, intentaron forjarse imágenes adecuadas de las diversas realidades físicas y humanas existentes en el Nuevo Mundo.

Los resultados fueron diversos. Hubo “proyecciones” de viejas ideas. Se pensó, por ejemplo, que determinados indígenas eran en realidad los descendientes de las tribus perdidas de los judíos. Tal es el caso de fray Diego de Durán a propósito del mundo náhuatl. Otras veces las relaciones e historias eran una apología más o menos consciente de la Conquista, como en el caso de Hernán Cortés. En algunas crónicas aparecen los indígenas del Nuevo Mundo como gente bárbara, idólatras entregados a la antropofagia y a la sodomía, mientras que en otras son descritos como dechado de virtudes naturales (Portilla, 2003: 4).

Debido a la proyección de esas ideas es que se “ficcionaliza” al Otro. Desde el punto de vista de los vencidos es que se materializan también circunstancias míticas, legendarias. El Otro para los indígenas son esos seres barbados, divinizados por los códices, por las predicciones hechas antaño. La admiración por la novedad, la irrupción de Occidente en América, es producto de la concepción del Otro que se tiene en América de lo que le es ajeno. Bergantines, caballo y jinete, arreos, arcabuces, cañones, el color de piel, las armaduras, todo ello es nuevo en América, todo ello conforma la alteridad, la extrañeza.

Por eso consideramos pertinente detenernos en la concepción que del occidental tuvieron los indígenas americanos y que varios cronistas occidentales intentaron rescatar de la forma en que lo hicieron misioneros como Motolinía, Olmos, Las Casas y Sahagún, entre otros, quienes, como aclara Miguel León Portilla (2003: 14) “no contemplaron con sus propios ojos el esplendor del mundo prehispánico antes de la Conquista, pero conocieron al menos los testimonios que acerca de la antigua (*sic*) cultura rindieron sus informantes”. Con ello en mente podemos adentrarnos entonces en la re-interpretación del mito en Latinoamérica mediante este fragmento rescatado y adjudicado a Cristóbal Colón, en el que podemos ver que se apela a la forma física de la sirena, además de la ubicación donde ocurrió el avistamiento, comenzando así una serie

de apariciones testimoniadas en nuestra época, las cuales tienen su raigambre en este fragmento:

Cristóbal Colón

9 de enero, miércoles de 1493

El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro, dijo que vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara. Dijo también que otras veces vido algunas en Guinea, en la costa de Manigueta (Zavala: 2003).

La interpretación colombina de la aparición de las sirenas retoma precisamente la visión europea del mito y su conversión y transformación, imagen que el navegante tiene consigo y que usa para identificar a seres que le parecen conocidos. Perteneciente al género de la crónica e inscrito a su vez dentro del canon occidental, el fragmento nos ubica, históricamente, en el arribo de Colón a América y su primer recorrido por las Antillas. Así nos lo indica el texto: "El día pasado, cuando el Almirante iba al río del Oro", también conocido como río Yaque o de Santiago, en República Dominicana, y nombrado así por la gran cantidad de pepitas del valioso metal que se podían encontrar en el afluente. Tal hito geográfico, junto con el cargo mediante el cual se refieren a Colón, mantienen la historia, la narración y al personaje en el plano histórico, verdadero, fehaciente de los acontecimientos.

En tanto, la referencia al grado jerárquico de Cristóbal Colón dentro de la flota que comandaba establece un intertexto con otra de las notas que él mismo escribió en su Diario del descubrimiento, en la que él mismo da cuenta de cómo adquirió ese estatus:

Así que, después de haber echado fuera todos los judíos de todos vuestros Reinos y Señoríos, en el mismo mes de enero, mandaron Vuestras Altezas a mí, que con armada suficiente me fuese a las dichas partidas de India; y para ello me hizieron grandes mercedes y me anoblecieron, que dende en adelante yo me llamase *Don* y fuese Almirante Mayor de la Mar Océana y Visorrey y Gobernador perpetuos de todas las islas y tierra firma que yo descubriere y ganasse, y de aquí en adelante se descubriesen



y ganasen en la mar Océano, y así sucediese mi hijo mayor, y él así de grado en grado para siempre jamás (Alvar, 1976: 17).

Por otra parte, José Durand, en *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes* (1983) establece que la visión de Colón tendría su punto de comparación en el manatí, pues si como indica el *Diario...* “dijo que vido tres sirenas que salieron bien alto de la mar” se referiría a que “sobresalieron claramente encima del mar”. Durand contempla también con la visión de Pedro Henríquez Ureña, quien atribuye a la lectura la comparación de Colón, en tanto que se describe cómo se obtuvo día, hora y fecha del avistamiento:

Por reminiscencias de sus lecturas —escribe Henríquez Ureña—, especialmente de Plinio y Marco Polo, Colón “toma a los manatíes, en el mar, por sirenas”. Igual piensa Antonio Ballesteros Beretta. Ya lo afirmaba en 1730 el jesuita Charlevoix. El naturalista Enrique de la Rioja estima de “Colón es un observador preciso y perspicaz” y que esta fábula de las sirenas es error nada frecuente en él. El 9 de enero, miércoles según el calendario anterior a la reforma gregoriana, navegaba La Niña entre los 72 y 73 grados longitud oeste. Como Colón da cuenta de esas sirenas al anochecer, presumimos que las viese al declinar la tarde. Como advierte el erudito Alberto Salas, el texto corresponde a “la glosa que del original hizo el padre Las Casas” (Durand, 1983: 27).

De los autores que cita Durand resulta particular la opinión de Enrique de la Rioja, quien describe al navegante como “un observador preciso y perspicaz”.

El error de Colón al tomar por sirenas a los manatíes observados liga su desconocimiento del animal a una posible explicación que encuentra en la fábula de las sirenas. El carácter acuático del manatí y la imagen que proyecta al amamantar a sus crías fuera del agua¹ pudieron “calzar” con el conocimiento previo del observa-

1 Ignacio Tirsch da testimonio, al encontrar en esta bahía al *pez mulier*, como le llamaron en su momento, al pez mujer, lo más próximo a la sirena. Acontecimiento único. Lugar único, momento único, precisamente aquí, en el sur de la Baja California Sur. “Según datos, el padre Trisch, además de poeta, era también un hábil dibujante e investigador de historia natural, debieron a él varios dibujos correspondientes a la flora y fauna terrestre y marina de Baja California, apareciendo en uno de sus dibujos el raro pez mulier o “pez mujer” con algunas características

dor respecto a las sirenas, pues “la imagen (particularmente en su versión pisciforme) se convirtió en una entidad *transhistórica* y polisémica como resultado de múltiples y diversas recargas simbólicas, articuladas a ideas protagónicas en cada una de las circunstancias histórico-sociales que contextualizaron tales reformulaciones” (Báez-Jorge, 1992: 104), lo que provocó esa particular interpretación de la escena.

También, refiriéndose a la imaginación de Colón como elemento particular que le/nos juega una mala/buena pasada, tenemos el juicio de Pierre François Xavier de Charlevoix, quien como nos informa Durand (1983)

“publicó en 1730 su *historia de la isla Española o de Santo Domingo*, basada en los manuscritos del padre Le Pers. También usó Charlevoix a Herrera, Gómara y otros cronistas. Al hablar del *lamentín* o *manatí*, el jesuita da por sentado que las sirenas del Descubridor eran manatíes. Hombre de la Ilustración, se muestra escéptico” (s/p).

Este testimonio apoyaría el hecho de que la participación de la imaginación del Almirante en la construcción de un modelo fue definitiva, de modo que una figura mítica proveniente del imaginario europeo —particularmente del bestiario *Liber monstrorum*— fuera atribuible a un animal desconocido para Colón:

En sólo el *lamentín*, si se cree a algunos autores, se halla la mayor parte de las cosas que la fábula carga a cuenta de la sirena y el delfín; pero para ello se debe tener ojos que vean bien distintamente unos objetos de otros. No sé absolutamente que el *lamentín* haya jamás cantado [...] en cuanto a su figura, nada tiene de bonito y ni siquiera se acerca a la que se le supone al delfín [...] El primero que se hubo imaginado que este pez pudiera ser la sirena de los antiguos fue Cristóbal Colón, quien con gusto daba todo lo maravilloso que pudiera volver más célebres

similares a una mujer desnuda ; sin lugar a duda este pez mujer con algunas características similares a una mujer desnuda; sin lugar éste pez fue encontrado en las costas de Ensenada de las Palmas, donde se han hallado ejemplares de otros peces, rarísimos en el mundo”. Tomado de Fundación de la Misión de Santiago Añiñí, César Osuna Peralta, La Paz, 1980. Obtenido de la Red Mundial de Información de <http://vamonosalbable.blogspot.com/2009/11/una-sirena-encontrada-en-baja.html>



sus descubrimientos; pero esta imaginación no ha hecho fortuna en caso alguno (Durand, 1983: 30).

No sería la primera vez que la imaginación de Colón hace de las suyas. De hecho, en sus descripciones:

Colón no puede dejar el superlativo [...] está consciente de lo que pueden tener de inverosímil y, por ende, de poco convincente esos superlativos; pero asume los riesgos, puesto que le es imposible proceder de otra manera. [...] Jura que no exagera en nada [...]” (Todorov, 1987: 32-33).

Colón apela a todo su vocabulario, a sus conocimientos y referencias para comparar y describir lo nuevo del mundo que se estrena a sus ojos. Sin embargo, sobre lo que al lenguaje se refiere, Todorov (1987: 34) nos dice que el navegante “sólo parece prestar atención a los nombres propios, que en ciertos aspectos son lo que está más emparentado con los indicios naturales” y manifiesta que “Colón y después de él Las Casas, como muchos de sus contemporáneos, creen entonces que los nombres, o por lo menos los nombres de las personas excepcionales, deben constituir la imagen de su ser” (Todorov, 1987: 34). Es mediante el lenguaje de la naturaleza que le es ajena a Colón obliga a este a asimilarla, a apropiarse, a familiarizarse con ella. Este contacto del Almirante con lo extraño obliga a que eche mano de los elementos que le son conocidos y los re-nombre:

Colón, entonces, sabe perfectamente que esas islas ya tienen nombre, naturales en cierta forma (pero en otra acepción del término); sin embargo, las palabras de los demás le interesan poco y quiere volver a nombrar los lugares en función del sitio que ocupan en su descubrimiento, darles nombres *justos*; además, el dar nombres equivale a una toma de posesión” (Todorov, 1987: 5).

Así, estaríamos presenciando, en el re-nombre, la re-denominación de las cosas, una especie de transculturalidad que ocurre y opera en y desde el lenguaje.

III. Abastecimiento: formas de apropiación desde la enunciación

En términos lingüísticos, el genovés crea un significante europeo para un significado americano pues como nos indica Todorov (1987: 36), para Cristóbal Colón “las cosas deben tener los nombres que les convienen”. Re-plantear, re-formular pero sobre todo re-nombrar las cosas en América es una forma de transculturalizar ya que se da también una nueva interpretación que a su vez otorga una realidad alterna, no del todo ajena a la realidad existente, sin intervenir, sino a la realidad percibida por el narrador, por el escribano, por el cronista: por Colón, quien

Persiste en oír palabras familiares en lo que dice, y en hablarles [a los indígenas] como si debieran comprenderlo, o en reprocharles la mala pronunciación de nombres o palabras que cree reconocer. Con ayuda de la deformación auditiva, Colón emprende diálogos chuscos e imaginarios, el más prolongado de los cuales se refiere al Gran Kan, objetivo de su viaje. Los indios enuncian la palabra *Cariba*, para designar a los habitantes (antropófagos) del Caribe. Colón oye *caniba*, es decir la gente del Kan. Pero también entiende que según los indios esos personajes tienen cabezas de perro (can) con las que, precisamente, se los comen. Pero eso sí le parece una fábula, y se la reprocha a los indios (Todorov, 1987: 38-39).

Las sirenas de Colón son entonces manatíes, por ello “no eran tan hermosas como las pintan”, según se declara en el texto. El Almirante realiza una comparación, es cierto, pero la voz narrativa que cita lo dicho por Colón supone una ironía pues al reconocer que la comparación supone un equívoco el narrador no se molesta en desmentirlo, al contrario. Las figuras de la enunciación, en este caso, son fundamentales para reconocer el funcionamiento de la ironía dentro del texto y la narración. Para entender mejor esto debemos comprender que

Hay ironías que funcionan más por el mecanismo de inversión del significado [...]. La evidencia de una situación opuesta a la descrita por el enunciado provoca la interpretación en el sentido opuesto a su significado literal. Pero, ¿qué función cumple el recurrir a la ironía en lugar de enunciado que directamente



describe los hechos, por ejemplo? La inversión debe querer cumplir la función de burlarse de algo o de alguien. [...] La alusión a un locutor distinto del enunciador de la ironía, que es implícita y quizá vagamente citado, y de ese modo ridiculizado (Peña-Marín, 1982: 166).

Quien lanza la ironía no es Colón directamente sino la voz narrativa, quien atribuye al navegante las condiciones de las supuestas sirenas vistas, que no eran hermosas y “que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara”. Ambas características proceden a la indicación antes citada de que eran tres y “salieron bien alto de la mar”, aceptando con ello que pudieron haber sido contempladas en su totalidad y a detalle. El modelo de sirena con el que Colón pudo haber hecho la comparación, como ya hemos indicado, podría venir del *Liber monstrorum*, uno de los primeros bestiarios en describir a la sirena pisciforme.

Los relatos que de ahí pudieron desprenderse añaden mayores categorizaciones, detalles, funciones, hábitat, y formas físicas distintas cada una entre ellas. ¿Por qué el narrador no nos informa directamente sobre la condición de estos seres y escribe que son parecidos a los manatíes, o más aún, teniendo previo conocimiento de ello, manifestar que se trata de estos sirénidos? Los cronistas que recuperan esta escena la han obtenido de la fuente original, en este caso del *Diario...* de Colón. Irónicamente, es él mismo quien evita escribir directamente sobre la fealdad de las supuestas sirenas.

Siguiendo lo que Cristina Peña-Marín indica, esta “alusión a un locutor distinto del enunciador, vagamente citado” (1982: 159), es lo que ocurre en este texto. Colón escribe en su diario que ha visto a tres sirenas, los cronistas recuperan esa escena y lo citan en sus respectivas crónicas, dudando de la veracidad del hecho. Pero Colón, quien desde su llegada a América no ha hecho otra cosa sino re-fundar, re-nombrar la realidad, crear unas Indias “alternas”, modifica a través del lenguaje, transculturaliza a América, como vemos a continuación:

Domingo, 28 de octubre

Fue de allí en demanda de la Isla de Cuba al sursudueste, a la tierra de ella más cercana, y entró en un río muy hermoso y muy

sin peligro de bajas ni de otros inconvenientes, (...) había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa y las hojas muy grandes, con las cuales cobijaban las casas; la tierra muy llana (Arranz Márquez, 1985: 115).

Conoce la costa africana, ha estado ahí, navegando y comerciando para la corona portuguesa, por ello es que sus comparaciones tienen un referente previo, como hemos insistido:

En estas islas hasta aquí no he hallado hombres monstruosos, como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son negros como en Guinea, salvo con sus cabellos corredíos, y no se creían a donde hay ímpetu demasiado de los rayos solares (Arranz Márquez, 1985: 269).

Los cronistas y autores que citan el episodio proveniente del *Diario...* ayudan a crear la ironía en el texto pues la crónica, en particular las de Indias, parte del sustento real, histórico, verdadero de los acontecimientos testimoniales, vividos, presenciales.

IV. Primeros avistamientos: las sirenas de manigueta, África

América es América en la medida en que se conserva ajena a Europa, pero es transculturada al ser descrita por lengua, idioma y literatura distintas a las suyas. América se convertirá en Mitoamérica al re-conocerse, al verse cómo la miran y cómo la miran mirarse, se ve en su totalidad, sin utopías, heredera de Occidente y de su propia cultura. Por eso esta sirena pisciforme, no tan agraciada físicamente, es distinta a las que Colón ha conocido antes. Es claro que, como subraya Durand,

No se trataba del mismo personaje con nueva apariencia, sino de otro distinto. Ni transfiguración ni reencarnación: el trueque afectó el entero ser. Hubo un vuelco absoluto y nadie protestó. Así naciese de un error o un capricho, la sirena marina ocupa el debido lugar. Surge llena de sentido y crece en importancia. La aceptación unánime lleva señal de hallazgo. [...] Firmes en su naturaleza al fin hallada, nunca han vuelto a olvidarse. Tampoco en el Nuevo Mundo. Las conocían allí los indios del Arauca y el



Orinoco. Se presentaron ante el Descubridor, no bien llegado, y reaparecieron más de una vez: ya lo sabemos (1983: 219).

El viaje, la odisea de la sirena comienza más allá del mito grecolatino: Colón, los historiadores y cronistas de Indias, se han documentado consultando textos especializados en aquella época y ello queda de manifiesto con la existencia de bestiarios mediante los que se intentaba resolver las dudas acerca de las más distintas criaturas existentes que viajeros y comerciantes —quienes tenían mayor conocimiento del mundo— habían descrito a la vuelta de sus incursiones, como el Almirante, quien “dijo también que otras veces vido algunas en Guinea, en la costa de Manigueta”² pues no era ajeno a navegar las rutas comerciales que operaba Portugal en aquel entonces. Ni Guinea ni Manigueta le eran ajenas puesto que

Los seis años que van de 1477 a 1483 serán trascendentales para Colón: se curte como navegante, aprende los misterios de la navegación de altura y elabora un proyecto descubridor revolucionario. Frecuentó Génova—Savona, navegó hasta los confines occidentales del norte de Europa, visitó y comerció con los archipiélagos tropicales del océano, sobre todo Madera, y participó con los portugueses en sus viajes a Guinea (Arranz Márquez, 1985: 34).

Incursiones que habrían dado la experiencia necesaria al navegante para embarcarse luego en un proyecto mucho más ambiciosos como era el descubrimiento de una ruta directa a las Indias, por ello es que

[...] A pesar de estos momentos, tiene sentido pleno la insistencia de que ha recorrido “la Guinea”, que ha hecho mediciones sobre el grado terrestre, que ha visitado el castillo de San Jorge de la Mina construido en 1482 y Porto Santo. (Arranz Márquez, 1985: 35).

Pese a ello, las autoridades lusitanas no consideran práctico el plan elaborado por Colón ya que

2 Luis Arranz Márquez (1985: 207) aclara que “la *manegueta*, *malagueta* o *melegueta* era un fruto de color de canela y de olor y sabor aromático. Se llamó también grano del paraíso. El nombre está relacionado con la costa de la Malagueta, a la entrada del golfo de Guinea, en las actuales costas de Liberia y Sierra Leona”.

La construcción del castillo de San Jorge de la Mina (1482) en pleno golfo de Guinea, y su continuación descubridora hacia el sur de África, demuestran bien a las claras que Portugal confiaba más en la circunvalación africana como ruta hacia las Indias que en la vía de poniente ofrecida por Colón (Arranz Márquez, 1985: 36).

Así, vemos entonces que el Almirante se incluía en su dicho de haber estado en Guinea y Manigueta como un importante conocedor de la zona, sin descartar que haya participado como uno de los navegantes en recorrer el trazado marítimo para ofertar a la corona portuguesa otra vía de comercio, ya que

Guinea para los portugueses era el resto de África a partir del río Senegal o Río del Oro. [...] En lo económico, Guinea se convirtió en objetivo principal para la Corona portuguesa [...]. A base de un sistema de factoría comercial, primero desde Arguim (1443), en la costa del Río del Oro, y después a partir de 1482, desde San Jorge de la Mina, en el corazón del golfo de Guinea, lo que se obtenía con trueques y cambalaches era oro y esclavos negros, marfil y también alguna especia barata. Con estos enclaves, el oro sahariano, el oro en polvo del Sudán, tomó rumbo hacia las factorías portuguesas del Atlántico en lugar de seguir las rutas del Sahara hacia las ciudades mediterráneas del Magreb (Arranz Márquez, 1985: 25).

La relevancia de este fragmento del *Diario...* de Colón reside entonces en el grado de transculturalidad que se establece al otorgar una nueva configuración a lo desconocido, además de permitirnos observar cómo la forma física tanto de la sirena y del manatí se re-acondiciona, re-conoce lo ajeno. A partir de este texto, mediante el cual la sirena arriba textualmente a América, la forma física de este ser mitológico variará dependiendo del autor o autora, quien fungirá como un moderno Ulises, como un Cristóbal Colón contemporáneo que podría sumar —y lo hace— mayores referencias y complejones sirénidas, pisciformes, re-descubriéndola.

V. Tierra a la vista

Julio Torri inaugura el apartado sirénido en el universo minificcional, trazando el camino para la autoría de otros quienes han decidido



retomar a este ser proveniente de la tradición europea. Ejemplo de ello son tres minificciones que se vinculan intertextualmente en *Yo no canto, Ulises, cuento...* (Perucho, 2008): "Circe", de Julio Torri; "Aviso", de Salvador Elizondo, y "El canto de las sirenas", de Marco Antonio Campos:

A Circe

Julio Torri

¡Circe, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Mas no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. En medio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas. ¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! *Mi destino es cruel*. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

Aviso

Salvador Elizondo

i.m. Julio Torri

La isla prodigiosa surgió en el horizonte como una crátera colmada de lirios y de rosas. Hacia el mediodía comencé a escuchar las notas inquietantes de aquel canto mágico.

Había desoído los prudentes consejos de la diosa y deseaba con toda mi alma descender allí. No sellé con panal los laberintos de mis orejas ni dejé que mis esforzados compañeros me amarraran al mástil.

Hice virar hacia la isla y pronto pude distinguir sus voces con toda claridad. No decían nada; solamente cantaban. Sus cuerpos relucientes se nos mostraban como una presa magnífica.

Entonces decidí saltar sobre la borda y nadar hasta la playa.

Y yo, oh dioses, que he bajado a las cavernas de Hades y que he cruzado el campo de asfódelos dos veces, me vi deparado a este destino de un viaje lleno de peligros. Cuando desperté en brazos de aquellos seres que el deseo había hecho aparecer tantas veces de este lado de mis párpados durante las largas vigías

del asedio, era presa del más agudo espanto. Lancé un grito afilado como una jabalina.

Oh dioses, yo que iba dispuesto a naufragar en un jardín de delicias, cambié libertad y patria por el prestigio de la isla infame y legendaria.

Sabedlo, navegantes: el canto de las sirenas es estúpido y monótono, su conversación aburrida e incesante; sus cuerpos están cubiertos de escamas, erizados de algas y sargazo. Su carne huele a pescado.

El canto de las sirenas

Marco Antonio Campos

A Julio Torri y Salvador Elizondo

Cuando llegué a la isla creí que las sirenas me esperaban desde siempre. Yo, que huía de mí, de una mujer, de los días de fracaso que caían en mi sangre como la luna en el mar, buscaba perderme en la espesura de su canto. ¿La causa? —preguntarán—. Fue desde aquella mañana de invierno cuando supe que el amor era un engaño de la sangre; cuando supe que la ternura o la piedad eran dos fieras inútiles en las selvas del hombre. Por eso quise perderme; por eso quise escuchar su canto, que aun siendo el más dulce, el más hondo, será para mí, de todos modos, un pretexto más para la tristeza. Yo quiero oírlo, ya...

Estoy cruelmente satisfecho. Me doy cuenta que incluso en la destrucción se puede hallar la felicidad. Sonríe al recordar el pasado, aunque en esa sonrisa —no hay remedio— haya el signo de la derrota. Pero qué importa, ¡bah!, me muero de tristeza y rencor.

Miro el atardecer: los dientes blanquísimos de las olas, las nubes que empiezan a calcinar con sus dedos las ramas del horizonte. ¿Las voces? ¿Las voces? ¡No se oyen ya las voces! Grito desesperadamente. El barco pasa.

Lloroso, impotente, lo evidencio: las sirenas no cantaron para mí...

El de Elizondo constituirá, una vez que hemos visto la forma en que Colón define a las sirenas, el texto "bisagra", como el paso entre el paradigma colombino y la minificción en la que Torri parodia e iro-



niza a Ulises/Odisseo, pues si bien la voz narrativa correspondería al héroe homérico éste parece tener la encomienda de informar —Aviso, se titula el texto— a los navegantes acerca de la forma física, la complejión, la función y el canto de las sirenas, desmitificándolo por completo.

Además del elemento paratextual como las dedicatorias, cada texto se constituye intertextualmente mediante el tratamiento matizado de momentos que ocurren antes, durante y después de que Ulises/Odisseo se encuentra con Circe y está a punto de conocer a las sirenas. Cada autor renueva el mito ironizándolo, parodiando a los personajes, sus acciones, el escenario donde todo ocurre. Sin embargo, los elementos de dichos componentes textuales y narrativos respetan las características que permiten al lector reconocer la historia original, el hipotexto homérico.

En el texto de Torri observamos que la voz narrativa se asemeja a la de Ulises/Odisseo y que éste a su vez cita y habla acerca de las sirenas, además de indicar el actuar de Circe, así como otras referencias como citar a Circe, dar avisos, prevenciones; cita de alguno de esos consejos, referencia a la isla de las sirenas, resolución del narrador y/o protagonista a perderse, el mar silencioso, la referencia a la flora/metáfora-comparación del océano, el destino del héroe, alguna característica de las sirenas: vulneración de la función de “perder a los hombres”, “aniquilarlos”, puesto que si van resueltos a perderse las sirenas dejan de hacer su trabajo.

Estos puntos también se encuentran presentes en los textos de Elizondo y de Campos, aunque matizados, planteados de distinta forma debido al tratamiento que les otorgan a los respectivos narradores. Elizondo no convoca a Circe, pues cita a los dioses en tanto que Marco Antonio Campos pasa por alto su presencia. En cambio, mientras Torri reconoce que la diosa le ha avisado sobre su porvenir y que ha seguido sus indicaciones, la palabra “aviso”, que aparece en ambos textos, ocupa el lugar del título en el texto de Elizondo y desaparece cualquier indicación de advertencia en la minificción de Campos.

Hay cambios en dos de los consejos más citados para enfrentar a las sirenas: atarse al mástil y taparse con cera los oídos. El personaje de Torri niega haberse hecho atar al mástil, el narrador de

Elizondo tampoco lo hace, al contrario. Campos evita que el suyo mencione haber hecho alguna de esas acciones. Los tres tienen como objetivo sucumbir ante ellas: viajan dispuestos “a perderse” (Torri), “a naufragar en un jardín de delicias” (Elizondo), e incluso buscan perderse “en la espesura de su canto” (Campos).

¿Qué figura tendrían las sirenas, a quienes Elizondo describe como poseedoras de “cuerpos relucientes”? El protagonista de *Aviso* distingue sus voces “con toda claridad. No decían nada; solamente cantaban”. Y agrega que al conocerlas lo hace “presa del más agudo espanto. Lancé un grito afilado como una jabalina”. La búsqueda de la sensualidad sirénida se debe al “marcado contenido erótico atribuido al simbolismo de las Sirenas en el mundo grecorromano [que] devino sinónimo de prostitución al enfrentarse las reinterpretaciones y cargas morales en los primeros tiempos del cristianismo” (Báez-Jorge, 1992: 71), por eso el personaje de Elizondo va “dispuesto a naufragar en un jardín de delicias”. Advierte que su canto es “estúpido y monótono, su conversación aburrida e incesante; sus cuerpos están cubiertos de escamas, erizados de algas y sargazo”. El de Elizondo define al personaje que será retomado en la historia y la literatura invertido, vulnerado, trastocado, mutado, evolucionado, ironizado y parodiado y, de esta forma, romper con los esquemas de lo que entendemos por sirena.

VI. Desembarco y conclusiones

En este acercamiento a la forma en que la sirena ha llegado a la minificción literaria mediante estos tres últimos autores vistos, podemos notar también la pertinencia y necesidad del repaso, del recorrido previo, del seguimiento a estos caracteres y singularidades propios de una idiosincrasia que, por momentos, parece ajena pero que tiene un mismo punto de partida antes de ser adoptada por Latinoamérica. Es también un ejercicio de reconocimiento de las distintas operaciones literarias con las cuales logramos nuestro acercamiento a otras culturas y tradiciones mediante la selectividad cultural, idiosincrática, literaria, con la que se hace de la sirena depositaria de componentes que le renuevan, que le transforman y convierten en un nuevo objeto cultural-literario.



A partir del conocimiento de Colón, tanto literario como cultural, social zoológico y botánico, las modificaciones hechas a aquellos referentes reales, cotidianos, que aparecerán luego en los textos testimoniales como sus *Cartas...* son una interpretación previa de los antecedentes que tenemos de la sirena desde la *Odisea* hasta el descubrimiento de América y, con su llegada a la minificción, su renovación e incorporación a un panorama cultural y literario distinto de su lugar de origen.

Así, desde los manatíes hasta las sirenas minificcionales, la transculturación como acercamiento nos permitiría también seguir a aquellos personajes o textos, géneros, estructuras y modelos, estilos y formas que operan no solo en la literatura sino en otros aspectos de la sociedad; dar seguimiento al proceso de transculturación nos permite percibir el rumbo o los rumbos que podemos tomar en el rango de expresividad y de comunicación que tenemos como individuos, como personas, como integrantes de una sociedad y su conjunto.

Además, es una oportunidad para validar el origen y el contexto en que se gestan estos personajes y que, finalmente, al ser impuestos por una cultura, terminan por ser desacralizadas por otras culturas mediante otros métodos, en este caso la minificción. Ello no significa el “abaratamiento” sino la “popularidad” como un vehículo de gestión y promoción literaria, cultura y social, ya que al ser actualizada el público puede entender y acercarse a la sirena —a cualquier otro personaje mitológico, tema cultural, texto de cualquier otra naturaleza—y comenzar a apropiársela de la forma que más le convenga.

Por ello la minificción es el territorio que más ha favorecido a este tipo de fenómenos literarios y sociales, puesto que permite dar cuenta de cómo en el proceso literario la figura es descrita por un narrador que podría ser -o no- Ulises/Odiseo; es alguien que las conoce y conoce de cerca el mito, un narrador que forma parte de ese universo y aporta su idiosincrasia a la historia, enriqueciéndola.

Lo mismo ocurre con los textos de Elizondo y de Campos, aunque con ciertos aspectos más distinguibles, presentados de forma distinta y que confirman que la transculturación del mito, de las

sirenas, se plantea desde la figura de enunciación, en este caso del narrador.

Hay elementos que perduran del mito original, de la descripción del contexto y de la historia e incluso del ambiente, y que funcionan como un reductor al mismo tiempo que elemento vinculante con el personaje, el contexto y el argumento provenientes de la *Odisea* homérica: el mar, el océano, Ulises/Odisseo advertido y enviado por Circe, "los campos de asfódelos", "pradera fatal", "crátera colmada de lirios y de rosas", las "ramas del horizonte".

El hecho de no sucumbir a su canto también nos muestra un giro en el desenlace de la historia, la aportación latinoamericana, el ingenio que le da la minificción mexicana a la historia grecolatina que ha venido y llegado a nosotros mediante Cristóbal Colón primero y Torri, Elizondo y Campos después. Esa aportación es el resultado del proceso transcultural. Es la forma en que la sirena latinoamericanizada se mexicaniza, el proceso mediante el cual el personaje proveniente de una fuente literaria formal, sacra, europea, termina siendo apropiada por otra cultural: la mexicana, que le proyecta, presenta e introduce en una realidad actualizada, contemporánea; con esto no solo nos es más cercana sino que quien nos cuenta sobre ella, su historia, también se renueva: en este caso pudiera ser cualquiera de quienes lean los textos con lo que tendríamos entonces una nueva lectura, sí, pero también otra forma de comprender cómo hemos ido conformando nuestra personalidad, nuestra cultura, nuestra literatura.

Bibliografía, muelles y talleres

- Alvar, M. (Ed.) (1976). *Cristóbal Colón: Diario del descubrimiento II*. España: Editorial La Muralla.
- Arranz, L. (1985). *Cristóbal Colón: Diario de a bordo*. España: Biblioteca Edad.
- Báez-Jorge, F. (1992). *Las voces del agua. El simbolismo de las sirenas y las mitologías americanas*. México: Editorial Universidad Veracruzana.
- Barthes, R. (1974). *S/Z*. Estados Unidos: Hill and Wang editores.
- Borges, J. L. (1994). "El escritor argentino y la tradición". En *Obras Completas*. 20va edición. 267-274. Buenos Aires, Argentina: Emecé Editores.
- Del Río Parra, E. (2003). *Una era de monstruos. Representaciones de lo deforme en el Siglo de Oro español*. Madrid, España: Editorial Iberoamericana.

**Interpretextos**

Número 30/ Año 16/ Otoño de 2023, pp. 33-56

- Durand, J. (1983). *Ocaso de sirenas, esplendor de manatíes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rama, Á. (2004). *Transculturación narrativa en América Latina*. Cuarta edición. México: Siglo XXI editores.
- Macuspana, Fray R. (1995). "La sirena" en *Bestiario de Indias*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México. Versión de un texto de Cristóbal Colón en su "Diario del primer viaje", incluido en sus *Textos y documentos completos*, 1982, pp. 111-112. Madrid: Alianza Editorial
- Noguerol, F. (1994). "Inversión de los mitos en el micro-relato hispanoamericano contemporáneo". *Las formas del mito en las literaturas hispánicas del siglo XX*. Ed. Luis Gómez Canseco. Huelva: Universidad de Huelva, 203-218.
- Perucho, J. (2008). *Yo no canto, Ulises, cuento*. La sirena en el microrrelato mexicano. Nuevo León. México: Fósforo/CONARTE.
- Peña-Marín, C. (1982). "Las figuras de la distancia enunciativa: ironía, burla, parodia". En: Jorge Lozano *et al.*, *Análisis del discurso* (pp. 159-165). España: Cátedra.
- Portilla, M. (2003). *Visión de los vencidos*. México: UNAM.
- Todorov, T. (1987). *La conquista de América. La cuestión del otro*. México: Siglo XXI editores. pág. 28
- Zavala, Lauro. (2003). *Minificción mexicana*. México, DF: UNAM.

Omar David Ávalos Chávez

Correo electrónico: omardavid_avalos@ucol.mx | ORCID: 0000-0003-1861-7909

Mexicano. Doctor en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Concepción, Chile. Profesor investigador en la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima. Especialista en minificción, ironía, parodia, transculturación literaria, cuento breve, novela breve, análisis y edición de contenidos periodísticos. Integrante del CA-49 Rescate del Patrimonio Cultural y Literario. Autor del capítulo "El decálogo de la minificción latinoamericana: reflexiones transculturadas sobre el género del siglo XXI" en *Transculturaciones de crítica literaria II* (2022) y en coautoría con Ana Marcela Martínez Alcaraz, de "El fractal o la literatura fragmentaria como estrategia narrativa en tres novelas mexicanas" en *Revisiones críticas de la literatura hispanoamericana* (2020). Titular del rescate de la obra del escritor comalteco Florentino González.